

# #29

## ¿CRIPTO-CUERPO? APUNTES PARA UNA TEORÍA SOBRE LAS APERTURAS ONTOLÓGICAS DEL SUJETO (POS)HUMANO EN LA ERA DEL CAPITALISMO INFORMACIONAL

Joaquín Jiménez Barrera  
*Universidad de Chile*  
<https://orcid.org/0000-0003-4891-4939>

Artículo || Recibido 03/09/2022 | Aceptado: 08/05/2023 | Publicado: 07/2023  
DOI 10.1344/452f.2023.29.10  
[jjjimenez@uc.cl](mailto:jjjimenez@uc.cl)

Ilustración || © María Teresa Vera-Rojas – Todos los derechos reservados  
Texto || © Joaquín Jiménez Barrera – Licencia: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional de  
Creative Commons





**Resumen** || En los últimos años, la narrativa latinoamericana reciente ha manifestado diversas reflexiones en torno al estatuto de la tecnología en las sociedades contemporáneas, pensando cómo esta afecta y modula los cuerpos y las subjetividades. En el presente artículo propongo una aproximación conceptual productiva para leer e interpretar las novelas que abordan los procesos de datificación de lo humano: el «cripto-cuerpo», matriz ontológica que aborda los modos de codificación de los cuerpos orgánicos a las interfaces digitales. Se ilustra dicho concepto por medio de un breve análisis de la novela *Las constelaciones oscuras*, de Pola Oloixarac (2015), considerando, entre otros, los estudios de Flavia Costa (2021), Pablo Rodríguez (2019), Rosi Braidotti (2013), Margarita Martínez (2019) y Gilles Deleuze (1991).

**Palabras clave** || Cripto-cuerpo | Ciencia ficción | Datificación | Interfaz digital | Posthumanismo

### **Cripto-cos? Apunts per a una teoria sobre les obertures ontològiques del subjecte (post) humà en l'era del capitalisme informacional**

**Resum** || En els últims anys, la narrativa llatinoamericana recent ha manifestat diverses reflexions al voltant de l'estatut de la tecnologia en les societats contemporànies, pensant com aquesta afecta i modula els cossos i les subjectivitats. En el present article proposo una aproximació conceptual productiva per a llegir i interpretar les novel·les que aborden els processos de datificació d'allò humà: el 'cripto-cos', matriu ontològica que aborda els modes de codificació dels cossos orgànics a les interfícies digitals. Tal concepte s'il·lustra per mitjà d'una breu anàlisi de la novel·la *Las constelaciones oscuras*, de Pola Oloixarac (2015), considerant, entre altres, els estudis de Flavia Costa (2021), Pablo Rodríguez (2019), Rosi Braidotti (2013), Margarita Martínez (2019) i Gilles Deleuze (1991).

**Paraules clau** || Cripto-cos | Ciència ficció | Dadificació | Interfície digital | Posthumanisme

## Crypto-body? Notes for a Theory on the Ontological Apertures of the (Post)Human Subject in the Age of Informational Capitalism

**Abstract** || In recent years, contemporary Latin American narrative has expressed various reflections on the status of technology in contemporary societies, thinking about how it affects and modulates bodies and subjectivities. In this article I propose a productive conceptual approach to read and interpret novels that address the processes of datafication of the human: the “crypto-body”, an ontological matrix that addresses the modes of codification of organic bodies to digital interfaces. Said concept is illustrated by means of a brief analysis of *Las constelaciones oscuras*, by Pola Oloixarac (2015) considering, among others, the studies of Flavia Costa (2021), Pablo Rodríguez (2019), Rosi Braidotti (2013), Margarita Martínez (2019) and Gilles Deleuze (1991).

**Keywords** || Crypto-body | Science Fiction | Datafication | Digital Interface | Post-humanism

## 0. Introducción<sup>1</sup>

Pensar en la idea de un cuerpo digital puede suscitar, a simple vista, la imaginación de un oxímoron. ¿Cómo es posible que aquello que entendemos por cuerpo —orgánico, unitario y material— pueda contemplar una matriz digital, entendida como artificial, fragmentaria e inmaterial? Lo corporal y lo digital, en su apariencia, construyen la más reciente antítesis del siglo XXI, aquella que contrapone lo palpable a lo brumoso y lo real a lo virtual. Algunas de las metáforas que acompañan el lenguaje empleado para referirnos a la cultura digital refuerzan esta idea. Hablamos de nubes para figurar las toneladas de información que cobijamos en los espacios virtuales. Pensamos en la posibilidad del metaverso como un lugar que va «más allá» de la experiencia de lo real. Sin embargo, obviamos que las nubes de información están siendo alojadas en cuantiosos servidores que consumen una cantidad apabullante de energía, o que una modalidad del metaverso consiste en el uso de anteojos de realidad virtual. Más que brumoso, etéreo e ideal, lo virtual comporta una matriz material: los dispositivos que posibilitan el espacio digital están ahí, al igual que nosotros, habitando la experiencia que comúnmente llamamos «realidad».

Desde una aproximación material, que da énfasis al espacio virtual como un territorio posible de lo real, el presente artículo propone el concepto de «cripto-cuerpo» en tanto matriz teórica productiva para leer la narrativa latinoamericana actual. Particularmente, la novela *Las constelaciones oscuras* (2015) de Pola Oloixarac —dentro de muchas otras— ilustra los procesos de datificación y digitalización de lo humano, imaginando cómo lo orgánico se engarza a los espacios virtuales.

## 1. Aproximaciones al capitalismo informacional

Un punto de partida para la formulación teórica del «cripto-cuerpo» es aproximarse a lo que Flavia Costa (2021) entiende por Tecnoceno. Define a la Tierra como un «sistema bio-socio-técnico sumamente complejo» (2021: 14) y al Internet como «El parque tecnológico de base informacional» (2021: 20), lo que apunta a los procesos de digitalización de la existencia. La tecnificación y politización de la vida, o «*biologización* de la política [...] [*y*] *vitalización* de la técnica» (2021: 24) constituyen puntos clave en su pensamiento: ambas modulaciones, tecnificación y politización, serían aquellas que conformarían el panorama sociocultural del presente. En su propuesta, a diferencia de lo planteado por autores como Byung Chul Han (2014, 2021), las técnicas de control y dominación hacia los sujetos seguirían marcadas por la biopolítica (o el biopoder), pues «la técnica se ubica en el ámbito de la dimensión propiamente ético-política: el plano de la forma de vida» (2021: 27). Han, por el contrario, plantea que «La digitalización, sobre todo, exacerba la desrealización del mundo al descosificarlo» (2021: 65), lo que implica que la biopolítica, en su

<1> Este artículo forma parte de mi tesis de Magister guiada por el profesor Wolfgang Bongers (Pontificia Universidad Católica de Chile) y ha sido elaborado en el marco del Núcleo Milenio «Futuros de la Inteligencia Artificial y sus implicaciones socioculturales en Chile y América Latina» (NCS2022\_065).

apuesta por lo somático se despeja del panorama social, concluye y deviene psicopolítica (2014). A mi juicio, la perspectiva de Costa entiende de manera más compleja el estatuto contemporáneo sobre la reflexión tecnológica, pues advierte que los procesos de digitalización de la vida no implican el abandono perpetuo de lo material, sino, más bien, la integración de lo digital al sensorium de lo humano.

El epíteto de informacional se encarga de atender a la última de las mutaciones del capitalismo, que, desde su modulación posindustrial, ha actuado sobre las conciencias y subjetividades y se ha encargado de capturar los datos entregados tanto voluntaria como involuntariamente por los sujetos en las interfaces digitales. Esto implica que el cuerpo humano, más allá de constituir un blanco de control, es propenso a ser identificado y registrado en cuanto dato. Bajo este respecto, el convertirnos en datos implica «volvemos inteligibles» (Costa, 2021: 33) y, en consecuencia, medibles, discretos, numéricos. Flavia Costa propone cinco fases que actúan en los procesos de hibridación entre los sujetos y las tecnologías, que conviene explicar brevemente: *datificación*, digitalización, protocolización, vigilancia y mercantilización de la existencia.

La *datificación*, en sus palabras, remite a «la conversión de lo existente en dato [...] la conversión de un hecho, una mera ocurrencia, en un registro simbólico o físico» (Costa, 2021: 38). Por su parte, la digitalización apunta a la «traducción [de los datos] al lenguaje binario, que actúa como lengua numérica común para poner en correlación fenómenos completamente heterogéneos» (Costa, 2021: 38). En tanto, la protocolización refiere a la «estandarización de procesos, programas y prácticas, que habilita la interconexión entre plataformas y dispositivos» (Costa, 2021: 38). Por último, y en derivación de la expansión y masificación de los dispositivos tecnológicos, se da lugar a dos instancias: la vigilancia, propiciada por las huellas desperdigadas por los sujetos en las interfaces digitales, y la mercantilización, es decir, «la extensión de la economía monetaria a todos los dominios de la vida, incluso aquellos que hasta hace poco eran considerados no económicos o no monetarizables» (Costa, 2021: 39).

Me interesan particularmente los dos primeros procesos a los que alude Costa, pues son aquellos que más se visibilizan y exploran estéticamente y críticamente por las obras literarias. En consonancia con este esquema, Nick Srnicek (2018) complejiza la estratificación sobre lo digital por medio de un análisis económico en *Capitalismo de plataformas*. La hipótesis principal de su texto es que «el capitalismo se volcó hacia los datos como un modo de mantener el crecimiento económico y la vitalidad de cara inerte al sector de la producción» (2018: 13). Según el autor, los movimientos económicos del siglo XXI caminan a la par de los avances en las tecnologías digitales, lo que trae consigo que «los datos se han vuelto cada vez más centrales para las empresas y su relación con trabajadores, clientes y otros capitalistas» (2018: 13). En diálogo con la fase de protocolización mencionada por Costa, en la que las tecnologías cuentan con la



posibilidad de expandirse y retroalimentarse, Srnicek posiciona a la plataforma como el sistema que hace posible los procesos de análisis, distribución y segmentación de datos en unidades discretas con el potencial de mercantilizarse.

## 2. Tránsitos ontológicos e hibridaciones entre cuerpos orgánicos e inorgánicos

Los procesos de datificación y digitalización de lo vivo encuentran su origen en las reflexiones filosóficas del Renacimiento, momento histórico en que los pensadores humanistas discuten a propósito de las proporciones ideales que debería tener un cuerpo. En 1525, el fraile Francesco Giorgi plantea que las proporciones numéricas de la armonía musical pueden concretarse visualmente en el cuerpo humano. En la misma vertiente temporal, Leonardo da Vinci busca una racionalidad de los cuerpos en sus cálculos sobre las proporciones ideales, lo que desemboca en múltiples ecuaciones numéricas que integran un «modo de pensamiento morfogenético que trata de identificar en la forma de los organismos naturales —animados o no— una geometría biológica de lo vivo» (Arasse, 2005: 404). Esto quiere decir que el discurso humanista fue un primer intento por geometrizar o cuantificar las existencias, por medio de una medición de las proporciones ideales de los cuerpos.

En *Lo posthumano*, Rosi Braidotti (2013) es crítica de esta visión, al considerar que el hombre vitruviano remite a una subjetividad fija e inamovible, enmarcada dentro de una lógica que depende del progreso. Se trata de un modelo humano eurocentrista propicio para la civilización, inscrito en una lógica binaria que deja fuera cualquier mínima cuota de alteridad. En este sentido, el concepto de humano no es neutro. Denotó, bajo los principios renacentistas, a un tipo de sujeto racional, encarnado en proporciones ideales y fijas. Siglos más tarde, tras las ruinas de la posguerra, el humanismo como epistemología regidora de la existencia se desestabiliza. El trauma de Auschwitz e Hiroshima desintegra el mito antropocéntrico del hombre: al amenazarse a sí misma a punta de balas, misiles y bombas atómicas, la Humanidad contravino sus imaginarios dominantes de racionalidad y se vio forzada a pensar nuevas epistemologías y figuraciones sobre lo humano<sup>2</sup>.

En *Las palabras y las cosas*, Foucault (1968) descentraliza al hombre cartesiano al plantear que este no se posiciona en el centro, sino en la estructura; es decir, dentro de una trama histórica, al interior de una red de relaciones con las instituciones y el poder. Por ello, en la página final de *Las palabras y las cosas*, sentencia la muerte del hombre tal y como se había entendido hasta ese entonces.

Rosi Braidotti rechaza la idea de una subjetividad unitaria y propone la figura de lo poshumano como un «sujeto relacional determinado en la y por la multiplicidad, que quiere decir un sujeto en condiciones de operar sobre las diferencias, pero también diferenciado y, sin embar-

<2> Esta es una de las tantas preocupaciones expresadas por Martin Heidegger en su «Carta sobre el humanismo», dirigida al filósofo francés Jean Beaufret en 1946, y publicada en 1947. Asimismo, vale mencionar el creciente interés de la problemática poshumanista en la ciencia ficción latinoamericana propuesta por autores tales como J. Andrew Brown en *Cyborgs in Latin America* (2010); Teresa López-Pellisa en *Patologías de la realidad virtual. Cibercultura y ciencia ficción* (2015); y Joanna Page en *Science fiction in Argentina. Technologies of the Text in a Material Multiverse* (2016). Estos tres estudios intentan cartografiar textos literarios latinoamericanos cuyas propuestas estético-discursivas problematizan algunas tensiones críticas y epistemológicas asociadas a la cibercultura, el poshumanismo y la digitalización.

go, aún arraigado y responsable» (2013: 25). Braidotti hace visible un *continuum* relacional entre el humano y sus distintas vertientes: devenir animal, devenir tierra y devenir máquina. Particularmente, me interesa la imagen poshumana del devenir máquina, pues se relaciona con los intereses críticos de este trabajo. Al respecto, y en palabras de Braidotti, «La condición humana es tal que obliga al deslizamiento de las líneas de demarcación entre las diferencias estructurales, o entre las categorías ontológicas» (2013: 73).

Las reflexiones de Foucault y Braidotti, además de ser críticas a los proyectos humanistas del Renacimiento, nos demuestran que el sujeto, tal y como había sido pensado desde la tradición cartesiana, desemboca en una figuración obsoleta para pensar las relaciones actuales entre este y otras formas de vida. El *continuum* relacional al que alude Braidotti va en consonancia al concepto de «naturoculturas emergentes» de Haraway (2003), perspectivas heterogéneas y descentralizadas que permiten pensar los tránsitos ontológicos entre cuerpos orgánicos e inorgánicos; o, para efectos de este trabajo, las hibridaciones entre sujetos e interfaces digitales<sup>3</sup>.

En *La humanidad aumentada*, Éric Sadin (2017) explora las relaciones entre cuerpos humanos y maquínicos y plantea, en primera instancia, el advenimiento de una «mutación, a la vez discreta y decisiva, del estatuto concedido a la técnica» (2017: 22). Si antes se pensaba a la tecnología como una forma de cubrir protésicamente las insuficiencias del cuerpo, en cuanto extensión del mismo<sup>4</sup>, este planteamiento fue adquiriendo, de manera progresiva, nuevos matices que encausaron los deslindes actuales de las tecnologías. Bajo la perspectiva de Sadin, las máquinas y los protocolos digitales funcionan como una suerte de humanidad paralela, lo que da cierta continuidad a la reflexión sobre la técnica esgrimida por el pensamiento de Marshall McLuhan. El principio de contigüidad implica que los cuerpos no orgánicos se integran ontológicamente en los orgánicos, constituyendo un ensamblaje que ve a los humanos y las tecnologías ya no como entes necesariamente escindidos, sino entrelazados e hibridados. Sadin denomina a esta cuestión «condición dual» (2017: 27) y diagnostica que «La historia del siglo XXI [...] será la historia del *Homo sapiens* intentando reivindicar su especificidad en un terreno movedizo, atrapado entre el animal y la máquina» (2017: 27).

La interferencia de los cuerpos artificiales en la vida cotidiana significa, de acuerdo con Sadin, una «Duplicación digital» (2017: 22) o matematización de la vida, en la que los signos de la vida cotidiana contienen un equivalente, o un «reflejo cifrado» (2017: 22) en las interfaces digitales. Esta idea, en conjunto con la noción de «humanidad paralela» planteada por Sadin, me parece relevante, aunque un tanto contradictoria dentro de su visión crítica. Como se ha expuesto hasta aquí, el entendimiento clásico sobre lo humano se ha desacralizado de su visión renacentista. Decir que tecnologías tales como las inteligencias artificiales «reflejan» o constituyen un

<3> En sintonía con la perspectiva sobre lo relacional, en su artículo «Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/inapropiables», Donna Haraway advierte que la articulación de lo humano es el resultado de los vínculos con «muchos actores no todos humanos, no todos orgánicos, no todos tecnológicos» (1999: 193).

<4> Me refiero particularmente al pensamiento de Marshall McLuhan, quien señala: «Cualquier invento o tecnología es una extensión o amputación del cuerpo físico, y, como tal extensión, requiere además nuevas relaciones o equilibrios entre los demás órganos y extensiones del cuerpo» (1996: 64). Desde esta perspectiva, las tecnologías eléctricas son entendidas como extensiones del sistema nervioso central. En palabras del filósofo, «Con la llegada de la tecnología eléctrica, el hombre extendió, o instaló fuera de sí mismo, un vivo retrato del sistema nervioso central» (1996: 63).

paralelo que «duplica» la existencia orgánica implica seguir pensando al hombre como el centro de las constelaciones ontológicas. A este respecto, vale la pena tensionar brevemente lo planteado por Sadin a través del pensamiento de Costa, quien advierte que el paso de la datificación a la digitalización «no se trata [...] de una duplicación digital del mundo, sino de una fragmentación y una multiplicación vertiginosa de las posibilidades de operar sobre el mundo» (2021: 53). En este sentido, más que pensar en las tecnologías como humanidades paralelas, me parece más coherente situarlas como entidades que desestabilizan las lógicas cartesianas y se imbrican a los demás cuerpos en un complejo ensamblaje.

La idea de la hibridación es también explorada por Margarita Martínez (2019), quien avista el posicionamiento de un nuevo sensorium en nuestras relaciones con las tecnologías. En sintonía con Sadin, Martínez hace alusión a las «Mutaciones en la sensibilidad y en los modos de percibir» (2019: 91). En específico, sitúa al *smartphone* como «prótesis subjetiva» (2019: 93) que cambia por completo nuestros vínculos con las tecnologías.

Una consideración interesante planteada por Martínez, y que amplía la discusión sobre los tránsitos ontológicos refiere a la idea de que las máquinas contribuyen al «quiebre de los pares antitéticos con los cuales la Modernidad nos había enseñado a organizar y pensar el mundo» (2019: 93). En este sentido, «Las máquinas inducen terceros estados» (2019: 93) que escapan a los dualismos y promueven puntos de fuga a las clásicas dicotomías productivas para ordenar el mundo. Al respecto, Martínez da dos ejemplos específicos: por un lado, el estado vegetativo, que rompe la dialéctica vida/muerte y, por otro, las terapias hormonales, que resquebrajan el dualismo hombre/mujer. Estos puntos de fuga son entendidos por Martínez como «espacios abiertos por la técnica» (2019: 93), lo que demuestra la manera en que la tecnología desestabiliza los polos de racionalidad instaurados por el humanismo.

Otro aspecto relevante que reflexiona Martínez es la pregunta por la subjetividad. En sus palabras, «Nuestra subjetividad, nuestra personalidad, parece derramarse más allá de las fronteras de eso que denominamos piel, y fluir, vía estos aparatos, hacia otros espacios mientras seguimos estando en este» (2019: 94). Bajo esta idea, se puede entender a los artefactos tecnológicos como cuerpos cuyos roces con la piel los hacen partícipes de la subjetividad humana y que permean lo sensible a través de dos maneras: por medio de una reestructuración táctil (por ejemplo, el *smartphone* requiere del tacto sostenido con los dedos de la mano) y a través del «diseño de personalidad con el fin de construir un perfil» (Martínez, 2019: 96). Según Martínez, las interfaces digitales, o el Internet, propiamente tal, pueden ser entendidos como «espacio[s] de diseño de personalidades» (2019: 97), lugares que, en vez de duplicar el mundo —como



afirma Sadin—, tienen el potencial de manipular las imágenes de lo real y asistir al curso (voluntario o no) de nuevas posibilidades de subjetivación.

El estudio de Martínez nos confirma que, en vez de pensar al mundo virtual como una duplicación, o espacio desintegrado de «lo real», es necesario considerar a las interfaces digitales como constructoras de un «real continuo [...] [donde] nada se opone, sino que todo confluye bajo superficies continuas, lisas, acariciables; incluso en el espacio metafórico de las redes» (2019: 100).

### 3. Cripto-cuerpo

Hasta este punto, he recorrido distintas perspectivas críticas que me han permitido contextualizar la era en la que ocurren los vertiginosos cambios propiciados por las tecnologías digitales (capitalismo informacional) y he examinado los modos en que los cuerpos orgánicos e inorgánicos se entretajan los unos con los otros. Para el análisis de las obras literarias, lo que me interesa no es indagar en cómo los personajes construyen un tipo particular de subjetividad al momento de ingresar a las interfaces digitales. Más bien, lo que me ocupa es explorar una etapa previa a la formación identitaria: el momento de tránsito del cuerpo orgánico a la interfaz digital; acontecimiento particular en el que ocurre el ensamblaje entre corporalidad orgánica y maquínica y se da lugar a un proceso de subjetivación<sup>5</sup>. Propongo el concepto de «cripto-cuerpo» para indagar, precisamente, el momento de ese tránsito; es decir, el instante en que se figura a los personajes de los textos literarios en su ingreso al sitio digital y su carne se hibrida con los nodos de la red.

En su célebre «Manifiesto para *cyborgs*», Donna Haraway (1995) propone entender los organismos vivos como sistemas de información, integrados por nodos en los que dialogan distintas intensidades: lo orgánico —la manifestación biológica de la vida en su dimensión corporal—, lo técnico —la incidencia de los dispositivos maquínicos— y lo textual —el cuerpo como organismo codificado, pero también los relatos míticos que lo han construido<sup>6</sup>. A partir de un examen a la cibernética, Haraway comprende al cuerpo como un sofisticado punto de encuentro entre distintos planos: este habita no solo las hebras biológicas que lo conforman, sino también las redes que lo codifican en espacios tales como las interfaces digitales. Recordemos lo planteado por Deleuze (1991) en su «Posdata a las sociedades de control». Al diferenciar las sociedades disciplinarias de las sociedades de control, Deleuze plantea que las primeras «tienen dos polos: la firma, que indica el individuo, y el número de matrícula, que indica su posición en masa» (1991: 186). Para las segundas, en cambio, «lo esencial no es ya una firma ni un número, sino una cifra: la cifra es una contraseña» (Deleuze, 1991: 186). De esta manera, el filósofo sentencia que «El lenguaje numérico del control está hecho de

<5> Para efectos de este trabajo, se establecerá una sutil, pero relevante diferencia entre los conceptos de «subjetividad» y «subjetivación». Siguiendo la lectura que Ana Patto (2022) realiza de la filosofía deleuziana, la subjetividad remite a un estado fijo, a un producto definitorio derivado de la subjetivación. La subjetivación, en tanto, remite al movimiento continuo, a una velocidad vertiginosa plegada de intensidades en las que un ente habita constantemente el cambio. En el capítulo quinto de *Mil mesetas*, Deleuze y Guattari (2004) explican con más detalle el concepto de subjetivación, antes entendido por Deleuze como «individuación», aunque desde una óptica no afirmativa.

<6> Haraway alude a este último punto desde la crítica feminista: «Todos hemos sido colonizados por esos mitos originales [...]. Las historias de origen falogocéntrico más importantes para los ciborgs feministas son construidas en las tecnologías literales —tecnologías que escriben el mundo, la biotecnología y la microelectrónica— que han textualizado recientemente nuestros cuerpos como problemas codificados» (1995: 301).

cifras, que marcan el acceso a la información, o el rechazo» (1991: 186). Al mismo tiempo, el individuo deviene dividual y las masas se convierten en «muestras, datos, mercados o bancos» (1991: 186).

La reflexión sobre lo dividual, mencionada solo a retazos en el «Posdata», adquiere un espesor crítico importante para Pablo Rodríguez (2019) en su libro *Las palabras en las cosas*. Allí, este rastrea la configuración de una episteme moderna surgida a fines del siglo XVIII, momento en que la estadística emerge como disciplina fundamental para la biopolítica. Esta habría preparado el devenir hacia una «ontología de la información» (Rodríguez, 2019: 81), con la que se propician nuevas formaciones discursivas y se problematiza el lugar de la enunciación. Según esta perspectiva, el lenguaje se desacopla de su entendimiento puramente humano y los signos actúan con cierta autonomía. La nueva episteme identificada por Rodríguez se centra en cuatro elementos primarios: comunicación, información, organización y sistema, nodos que rearticulan el «horizonte de visibilidad» (2019: 89) en el cual humanos, animales y sociedades se imbrican de manera dispersa y por medio de distintas modulaciones. La información es entendida desde esta perspectiva no como un resultado, sino como un proceso en el que la materia se ve dotada de forma. En el caso de lo humano, la vida misma es entendida como información, pues el ADN constituye «una serie de letras que componen frases que se transformarán en instrucciones a través de algoritmos» (Rodríguez, 2019: 133).

La vida entendida como código implica pensar la información como un soporte nodal para el estatuto del ser. Según Rodríguez, el código permite conectar realidades aparentemente disímiles y el proceso de la codificación reduce «lo esencial de algo para poder recuperarlo después [...] es el pliegue necesario para que la estructura de la sustancia se mantenga, algo que luego podrá ser desplegado cuando esa sustancia tenga que entrar en relación con otras» (2019: 108). En otras palabras, el tránsito del cuerpo a la interfaz (es decir, de una materia biológica a una materia informacional) precisa de un lugar de contacto, un entramado codificado en el que la existencia se *in-forma* a un soporte de escritura<sup>7</sup>.

La detección de la codificación como parte relevante para la nueva episteme implica pensar en torno a los modos de subjetivación subyacentes a las sociedades de control advertidas por Deleuze en su «Posdata». Aquí es donde ingresa lo dividual: si en las sociedades disciplinarias Foucault estudia las operaciones involucradas para la construcción de un cuerpo (el encierro, la vigilancia y los procesos de socialización, la educación, el trabajo y la salud), en las sociedades de control estas formas de subjetivación se reconfiguran «dentro de un marco epistémico en el que vida y máquina entran en una relación de intimidad y reversibilidad inéditas para la episteme moderna» (Rodríguez, 2019: 450). En este vínculo de intimidad, se articula un «proceso de mediación informacional» (Rodríguez, 2019: 452), donde el dividuo «no sería exactamente un espejo, sino más

<7> Siguiendo a Derrida en *De la gramatología*, «todo el campo cubierto por el programa cibernético será un campo de escritura» (1986: 15).

bien una multiplicación, una fragmentación y explosión de datos» (Rodríguez, 2019: 452). Lo dividual, entonces, se entiende como un proceso de subjetivación en el que los cuerpos se hacen divisibles y reductibles a partir de su conversión a datos. Esto significa que la corporalidad, en vez de configurar una mismidad (según la perspectiva aristotélica<sup>8</sup>), se disemina, multiplica y divide; en otras palabras, desborda los deslindes de lo orgánico. El sujeto se disuelve en interfaces y se hace interpretable, lo que quiere decir que «ya no es posible identificar con sencillez al individuo con la persona y con el cuerpo» (Rodríguez, 2019: 487).

En el contexto de las obras literarias, los tránsitos de los cuerpos a las interfaces digitales suelen estar marcados por un elemento que es difícil de ignorar: la vigilancia. En su «Posdata», Deleuze enfatiza en esta consideración y plantea que el sujeto partícipe de la sociedad de control no solo deviene número, como en el contexto de la disciplina, sino también cifra. A este respecto, Rodríguez plantea que los dividuos «son entidades de código binario que son objetos de control únicamente identificables por sus códigos, aún fragmentos del ser» (2019: 453). El cripto-cuerpo denota, precisamente, un tránsito ontológico hacia la red en que el cuerpo se convierte en cifra. Esto quiere decir que la transformación del cuerpo hacia unidades numéricas (discretas y segmentables) constituye un tipo de información encriptada, cuya decodificación no es factible para cualquiera. Quienes pueden interpretar la información del cuerpo, signado como cifra, suelen ser los agentes representativos del poder, lo que dota de una matriz política al concepto.

A propósito de esta última idea, resulta interesante examinar mi propuesta conceptual en el marco de la problemática de la enunciación, manifestada por Émile Benveniste y considerada por Pablo Rodríguez en el marco de la nueva episteme. En «La naturaleza de los pronombres», Benveniste advierte que «la forma yo no tiene existencia lingüística más que en el acto de la palabra que la profiere» (1971: 173); es decir, el sujeto que se enuncia por medio del lenguaje solo habita su existencia lingüística a través de una «realidad de discurso» (Benveniste, 1971: 173). En «De la subjetividad en el lenguaje» plantea: «Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como *sujeto*, porque solo el lenguaje funda en realidad, en *su* realidad que es la del ser, el concepto de “ego”» (Benveniste, 1971: 180). A la luz de mi propuesta de lectura, es posible pensar que el sujeto, al ingresar a una realidad lingüística, habita una suerte de suspensión del yo, que solo pervive por medio de la escritura. Ante el sostenimiento de una nueva episteme de la información, entra en crisis la idea del cuerpo como una entidad puramente orgánica, pues en las interfaces digitales se gestan cuerpos informacionales y formas de subjetivación que permiten la habitabilidad del yo en un estado de suspensión. Y es aquí donde la materialidad del concepto propuesto (cripto) resuena con la idea de la muerte, o de la «cripta», espacio donde se entierra a los cuerpos fallecidos. Tanto «cripto»

<8> En su *Metafísica*, Aristóteles plantea que «Hay en los entes cierto principio acerca del cual no es posible engañarse, sino que necesariamente se hará siempre lo contrario, es decir, descubrir la verdad; a saber: que no cabe que la misma cosa sea y no sea simultáneamente» (2004: 137).

como «cripta» provienen de una misma raíz etimológica griega que manifiesta la idea del ocultamiento. De esta manera, el cripto-cuerpo implica la suspensión del cuerpo atado a una fenomenología «real» y su ingreso a un espacio virtual como codificación o corporalidad informacional.

En el contexto del capitalismo informacional, la muerte del sujeto anticipada por Foucault no implica, necesariamente, la suspensión de los signos vitales del cuerpo orgánico, sino la entrada de esos mismos signos a la interfaz digital. Y lo digital, al estar codificado por medio de un lenguaje discreto, da paso al ingreso del cuerpo como dato y dígito, pero también como cifra. El cripto-cuerpo es el tránsito ontológico del sujeto al lenguaje, donde se da lugar a un tipo particular de suspensión. El «yo» que se enuncia en el espacio digital es un yo propenso a la datificación; a la conversión cifrada proclive a la vigilancia.

#### 4. El cripto-cuerpo en *Las constelaciones oscuras*, de Pola Oloixarac

*Las constelaciones oscuras* de Pola Oloixarac se enmarca en lo que denomino «ficciones de apertura», obras literarias que, en sus dimensiones estéticas y semánticas, configuran un resquebrajamiento de los discursos totalizantes sobre lo real. Particularmente, esta y otras novelas latinoamericanas de los últimos años plantean una apertura ontológica, al imaginar modos de subjetivación que van más allá de los límites entre entidades orgánicas e inorgánicas, fisurando así los relatos teleológicos sobre lo humano. Entre ellos, se imagina una fisura hacia el cuerpo, entendido ya no solo desde su matriz inorgánica, sino también por medio de su modulación digital.

En la novela de Oloixarac, los cuerpos, más que como entidades orgánicas que albergan el dominio de la subjetividad, son tratados como depósitos de genes e información. En la lectura de Nicolás García, este modo de decir los cuerpos constituye un «metalenguaje biológico» (2020: 145) dado a través de un «narrador “cosificante”» (2020: 150) que «degrada a los personajes a un genitalismo idiota» (2020: 150). Bajo mi perspectiva, tal interpretación deja afuera un componente importante para comprender la novela: la presencia de la información, que, más que constituir un elemento secundario, forma parte de la visión que se propone sobre los cuerpos. Más allá de lo somático, los cuerpos son entendidos como trazos de información: contienen ADN, genes, bacterias; son un repositorio de flujos e intensidades, lo que los hace susceptibles a ser trasplantados como datos al software de Estromatoltion, proyecto tecnológico que tiene como objetivo datificar e informatizar el contenido genético de los millones de habitantes del continente latinoamericano.

Revisemos algunas descripciones que constatan lo anterior. Al momento en que unos exploradores visitan la isla de Juba y conocen a unos nativos —imagen inaugural del texto— se señala que estos



«empiezan a mezclarse con las nativas, ingresando en un torrente de sangre y semen en la historia genética de la isla» (Oloixarac, 2015: 17). La descripción, en vez de comentar las características identitarias o subjetivas de los exploradores o las nativas, se centra en posicionar a los fluidos (sangre, semen) y los genes como los protagonistas. Más adelante, cuando se narra la historia de Sonia, madre de Cassio (protagonista *hacker* de la novela) y esta conoce a Joao, progenitor del personaje, se menciona: «En otro orden de certezas, había encontrado la fuente de ADN que se empeñaría en reproducir» (2015: 40). Nuevamente, se deja afuera la subjetividad de la protagonista y se reitera la presencia del ADN como un motor que cataliza las fuerzas que motivan las acciones de los personajes de la novela. Otro ejemplo se narra cuando los personajes se encuentran en Brasil, mencionándose que «Las transfusiones en masa de ADN [...] serían documentadas con tsunamis de datos de fluidos moviéndose en el interior de leviatanes» (2015: 36). Las masas de cuerpos constituyen datos de fluidos que se rozan las unas con las otras.

En otra escena, Cassio mira pornografía y compara a los actores con «cefalópodos de carne humana» (2015: 66), señalando que «la historia de la inserción en un agujero que terminaba en otro creaba conjuntos de seres progresivamente complejos, donde la superficie conectaba interiores por descubrir» (2015: 66). Esta figuración le permite a Cassio concluir que los seres humanos pueden franquearse, penetrarse; incluso, reconstruirse en términos puros, como se señala en la cita anterior. Las teorías de Cassio, aún innominadas en sus tiempos de adolescencia, piensan los cuerpos como lugares ensamblados por intensidades e información. Por ello, cuando aborda su perspectiva sobre la computación encriptada, se señala que

Cassio podía ver a sus pequeños ejércitos oscuros permeándolo todo, todos los objetos conectados de la humanidad tipeante, todas las máquinas con que los hombres interfaseaban entre sí; seres que fueran más allá de los considerados posibles y reales por los humanos, seres de entornos informáticos preparados para penetrar entornos biológicos; nadie podría impedir que tomaran formas y direcciones nuevas (2015: 92).

Los «pleamares de información» (2016: 65) a los que Cassio accede durante su adolescencia se encuentran aún en un estado de datificación; es decir, el magma informacional aún no alcanza un grado sofisticado de informatización e Internet se concibe como «un archipiélago de seres aislados» (2015: 65), en que las cosas son registradas sin un aparente orden. Con la puesta en marcha del Proyecto Estromatoliton, que, como recordaremos, tiene el objetivo de registrar los trazos de ADN de los millones de habitantes latinoamericanos, la datificación pasa a ser digitalización. Los millones de volúmenes de datos de los cuerpos orgánicos son traspasados a una interfaz contenida al interior de la «computadora cuántica Q-co» (2015: 178), que funciona como una superestructura inteligente que permite archivar esta información. Al momento en que Cassio

explica a Piera, bióloga participante de Estromatoliton, algunas de las funcionalidades del proyecto, advierte que, una vez construida la computadora, el proceso de digitalizar la información de las personas humanas no fue una cuestión automática: «Cuando terminamos la computadora cuántica Q-co, y empezamos a procesar los datos que recibíamos, nada tenía sentido. No podíamos dibujar la constelación de hechos sobre el fondo del ruido» (2015: 178). Con la ayuda de Q-co, se hace factible lo que Flavia Costa denomina datificación. La información está allí, recopilada, pero aún precisa de una articulación archivística:

Los datos se mezclaban, el universo de datos era gigantesco, y podíamos por primera vez explorarlo en su completitud pero no encontrábamos una única historia que se dibujara como más probable que el resto [...]. Tardamos un tiempo en darnos cuenta de que no teníamos un criterio que hacer para aprovechar la información y volverla, digamos, informante (2015, 179).

La dialéctica ruido/archivo es útil para explicar las fases que permean el Proyecto Estromatoliton. Por un lado, para recopilar la información genética de los millones de usuarios del continente se precisa de un dispositivo de trazabilidad y seguimiento. Es aquí donde aparece el Ministerio de Traza, organismo estatal argentino que, desde tiempos de dictadura, conformó una biblioteca genética y luego se sistematizó más formalmente al momento en que ingresaron los espionajes norteamericanos de grandes empresas como la Patriotic Act, quienes recopilaban «información de usuarios en forma automática» (2015: 163). Particularmente, en Argentina, el Ministerio de Traza gestionó un sistema de recopilación de «información biométrica de huellas digitales y rostros digitalizados. Empezando con el primer bebé nacido en 2012, Argentina recababa información biométrica de los recién nacidos en una base de datos» (2015: 164). Esto quiere decir que hay una preocupación latente por la datificación de la información como una forma de resistencia para defender los datos del continente sin que estos sean transferidos al monopolio norteamericano. La preocupación digital es también una preocupación política.

La inminente digitalización de la vida y de los cuerpos se efectúa por medio de distintos dispositivos, integrados a las ciudades argentinas por medio de un ensamblaje entre el flujo urbano y los artefactos tecnológicos. El Ministerio de Traza almacena las llamadas «trayectorias de vida» (2015: 164) de los habitantes por medio de «controles gubernamentales [...] tecnologías de redes como teléfonos, tarjetas de crédito, transportes públicos» (2015: 164). La ciudad se transforma así en una suerte de *hardware* que permite la consolidación de un cripto-cuerpo; o, en otras palabras, los dispositivos tecnológicos que se ensamblan a los parajes ciudadanos se preparan para hacer de los cuerpos blancos susceptibles a la datificación y, más adelante, a la vigilancia.

Ante el «aluvión masivo de información» (2015: 164), el Proyecto Estromatoliton ingresa como el salto informacional de la contemporaneidad que complejiza las operaciones del Ministerio de Traza, para consolidar de manera definitiva el traspaso de los cuerpos orgánicos a los nodos informacionales de la red. Cassio y Max, gestor de Estromatoliton, representan la nueva generación de sujetos habituados desde sus tempranas vidas a la tecnología. Sus teorías sobre criptografía e informática, aún en ciernes para la década de los 90, hallan un lenguaje, un modo de enunciarse al momento en que se inaugura Estromatoliton, en la era del Tecnoceno y las redes sociales. Ambos identifican el problema del ruido informacional, pero, al mismo tiempo, se percatan del poder de la información para articular perfiles, subjetividades, y asemejarse de manera próxima a la condición del sujeto fenoménico, que experimenta la realidad de forma directa. Esto se visibiliza en la siguiente cita:

Hasta el año 2015, las redes sociales se encontraban meramente en poder de todos los elementos que constituían una persona, según los parámetros reduccionistas de sus relaciones sociales, familiares, consumos, intereses, preferencias, educación y búsquedas secretas. El enorme, nuevo continente de datos representaba el nuevo mundo por descubrir: había que diseñar los sentidos, el tacto, la vista, que pudieran percibir ese laberinto; construir un Leviathan hecho de formas de percibir e interpretar la información. El volumen para computar en una única trayectoria, para arrancar la señal individual del ruido de los otros, requería una potencia computacional que todavía no era asequible (2015, 166).

La computadora Q-co, como ya he mencionado, cuenta con la facultad no solo de recopilar los datos de los usuarios, sino también de sistematizarlos y analizarlos. Sobrepasa el poder de las redes sociales, que articulan perfiles semejantes, pero no exactos sobre la idea de una persona. Estromatoliton, en cambio, forja un traspaso informacional exacto del sujeto, lo que lo hace propenso a la vigilancia. Esto queda claro en una digresión pop de la novela, cuando se narra cómicamente el momento en que Madonna se resiste a que su persona sea digitalizada:

El ADN de Madonna no engrosaría las filas de dadores de pedazos ínfimos de piel en esa concentración de polvo, hormonas y sudor que llamamos vida y que ya por entonces había sido devorada por estromatolitos de información [...]. Madonna entraba en el siglo XXI borrando sus estadías entre humanos con el celo técnico de un asesino serial (2015: 81).

Estromatoliton se complejiza aún más con la incorporación de las BIONOSE, narices tecnológicas escondidas por las ciudades que tienen la capacidad de computar los datos genéticos de los transeúntes: «Las narices, instaladas en todas las ciudades del mundo, eran la primera etapa: olían el aire en búsqueda de pequeños fragmentos de ADN, que secuenciaban en tiempo real y enviaban a una base de datos centralizada» (2015: 176). Se articula, de esta forma, una tecnología del rastro: las huellas corporales se alojan en forma de

cripto-cuerpo al interior de la base de datos de Estromatoliton, software que gestiona la información con «una capacidad de procesamiento que permite trazar las trayectorias de vida de poblaciones enteras. Millones de personas» (2015: 178). Estromatoliton es el paso final para la digitalización definitiva de la vida, el eslabón faltante que permite computar e informatizar las trayectorias de vida biológicas. Recordemos que, para Pablo Rodríguez, la información es un proceso de donación de forma, de in-formación.

El cripto-cuerpo de los habitantes, forjado por el proyecto Estromatoliton, forma un dividuo de la persona de carne y hueso:

Al estar disponibles para su análisis, las trayectorias de ADN componían una vida cívica de datos accesibles que reflejaba la vida concreta de los individuos [...] formulaba un doble informacional al que podía consultarse sin involucrar el vector humano, consciente, de la trayectoria; un doble disponible, político, que no interfería con la vida desnuda pero la reflejaba en sus aspectos cuantificables (2015: 168).

Este doble informacional, digitalizado, constituye un cuerpo propenso a la vigilancia, que, si bien a lo largo de la novela es salvaguardado (pues Estromatoliton nace como un proyecto de resistencia), hacia el final del texto nos percatamos del ingreso del mercado, pues Max Lambard vende el Proyecto a una compañía. De manera paralela, Cassio continúa con una retórica de la resistencia y, con ayuda de Piera, infecta la base de datos de Estromatoliton a través de un virus que tiene el objetivo de hacer públicos los datos del Proyecto. Sin embargo, el final de la novela nos explica el fallo de la resistencia y la apertura hacia el mercado, pues, con el virus, «La caída de la bolsa fue espeluznante, pero duró solo una fracción de milisegundo. En esa fracción de tiempo, una suma considerable de dinero cambió de manos para que todo siguiera exactamente igual» (2015: 236). Los tentáculos del capitalismo permanecen quietos y defensivos ante los ataques virales, y las resistencias se desvanecen como un acto fallido.

La noción del cripto-cuerpo, como se ha ensayado a lo largo de este texto, constituye una última imagen para pensar sobre esta consideración, en la medida en que nos ofrece un ensamblaje entre el cuerpo somático y biológico en su devenir hacia un cuerpo digital. Esto queda demostrado al momento en que Cassio enseña a Piera la materialidad de Estromatoliton: vastas bodegas repletas de trazos de ADN, figurados como tejido vivo:

Al atravesar la puerta se encontró de pie frente a un repositorio en apariencia interminable de tejido vivo; podía ver los pequeños tubos de ensayo con válvulas automáticas, con sus temperaturas controladas, dentro de las larguísimas filas de heladeras de almacenamiento [...]. Luego de una primera mirada no podían quedarle dudas, las heladeras del subsuelo estaban repletas de trazos de ADN; por la codificación de las etiquetas, se trataba del ADN de seres humanos. A juzgarse por la disposición de los tubos, la ubicación de las heladeras y la profundidad



de los pasillos, no podía ser menos que el material genético de un par de cientos de miles de personas (2015: 180).

## 5. Conclusiones

A lo largo de este texto, he ensayado la pregunta de si es plausible pensar teórica y críticamente en la idea de un cripto-cuerpo. Examiné particularmente una novela de ciencia ficción reciente, cuyo argumento, espacios y personajes representados configuran distintas estéticas sobre lo digital, lo que autorizó múltiples reflexiones en torno a los modos de afectación entre lo humano y lo tecnológico. Se concluye que *Las constelaciones oscuras* de Pola Oloixarac devela una crítica hacia el capitalismo informacional al final de la novela, momento en que el Proyecto Estromatoliton se mercantiliza de forma definitiva y se ensambla a los flujos monetarios del capital. El *hacker* protagonista de la novela, Cassio, intenta burlar el sistema de Estromatoliton, sin embargo, se trata de una resistencia fallida, en la medida en que la comercialización de dichos datos sigue su curso. El *hacktivismo*, en este sentido, es una posibilidad de torcer el imperativo mercantil, pese a que su forma de acción no logre concretar su cometido por completo.

El concepto de «cripto-cuerpo» constituye una aproximación crítica productiva para leer no solo las obras analizadas en este artículo, sino para tener en cuenta la creciente reflexión literaria en torno a la técnica producida en Latinoamérica durante los últimos años. Por ende, el término puede complejizarse y proyectarse hacia el análisis de otros textos, como *Un mundo huérfano* (2017) de Giuseppe Caputo, *Los cuerpos del verano* (2012) de Martín Felipe Castagnet, *Nefando* (2016) de Mónica Ojeda, *Kentukis* (2018) de Samanta Schweblin y la colección de cuentos *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* (2020) de Andrea Chapela. Por lo general, todos estos textos promueven miradas distópicas sobre los usos de las tecnologías, por lo que valdría preguntarse: ¿cómo concatenar relaciones de mayor colaboración y respeto entre los sujetos humanos y los objetos técnicos?; ¿cómo hacer que las ontologías del Tecnoceno se ensamblen a través de modos que visibilicen sus distintos niveles de agencia y reconocimiento?

## Bibliografía citada

- ARISTÓTELES. (2004): *Metafísica*, México: Gredos.
- ARASSE, D. (2005): «La carne, la gracia, lo sublime» en Vigarello, G. (ed.), *Historia del cuerpo. Vol. I. Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid: Taurus, 395-456.
- BENEVNISTE, É. (1971): «De la naturaleza de los pronombres»; «De la subjetividad en el lenguaje» en *Problemas de lingüística general I*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 172-187.
- BRAIDOTTI, R. (2013): *Lo posthumano*, Barcelona: Gedisa.

- BROWN, J.A. (2010). *Cyborgs in Latin America*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- COSTA, F. (2021): *Tecnoceno: Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*, Santiago: Cactus.
- DELEUZE, G. (1991): «Posdata sobre las sociedades de control» en Ferrer, C. (ed.), *El lenguaje literario*, Montevideo: Ed. Nordan.
- DELEUZE, G.; y GUATTARI, F. (2004): *Mil mesetas*, Valencia: Pre-Textos.
- DERRIDA, J. (1986): *De la gramatología*, México: Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, M. (1968): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- GARCÍA, N. (2020): «Nueva ficción científica: la recaída en la “filosofía de la identidad”», *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, vol. 9, 18, 141-152.
- HAN, B. (2014): *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona: Herder.
- HAN, B. (2021): *No-cosas: Quiebras del mundo de hoy*, Santiago: Cactus.
- HARAWAY, D. (1991): «Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/inapropiables», *Política y Sociedad*, vol. 30, 121-163.
- HARAWAY, D. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra.
- HEIDEGGER, M. (2000): «Carta sobre el humanismo» en *Hitos*, Madrid: Alianza.
- LÓPEZ-PELISSA, T. (2015). *Patologías de la realidad virtual. Cibercultura y ciencia ficción*, Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- MARTÍNEZ, M. (2019): «El derrame de lo subjetivo y la construcción de un real asistido» en Speranza, G. (comp.), *Futuro presente, perspectivas desde el arte y la política sobre la crisis ecológica y el mundo digital*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- MCLUHAN, M. (1996): *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, Barcelona: Paidós.
- OLOIXARAC, P. (2015): *Las constelaciones oscuras*, Madrid: Random House.
- PAGE, J. (2016): *Science Fiction in Argentina: Technologies of the Text in a Material Multiverse*, Michigan: University of Michigan Press.
- RODRÍGUEZ, P. (2019): *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*, Buenos Aires: Cactus.
- SADIN, É. (2017): *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Buenos Aires: Caja Negra.
- SRNICEK, N. (2018): *Capitalismo de plataformas*, Buenos Aires: Caja Negra.